

## III.—La erudición

Durante los primeros años del siglo XVI, los sabios franceses y las Universidades sostuvieron relaciones con los eruditos, así de Alemania como de Italia. Lefevre de Etaples fué á Florencia, á Padua, á Roma y á Venecia en 1488-1489 y allá por el año 1500, y sus contemporáneos consideraron que aquellas dos «misiones» habían inaugurado en nuestro país el conocimiento de la antigüedad. Pero, por otra parte, los maestros de las universidades alemanas frecuentaban la Universidad ó los colegios de París: Beatus Rhenanus explicó en 1502 en París las *Económicas* de Aristóteles; Erasmo, desde 1496, estuvo varias veces en dicha capital; y Juan Standonck, de los Países Bajos, restauró los estudios en el colegio de Montaigu. Budé sostenía relaciones íntimas con Erasmo, y Lefevre de Etaples marchábase en 1510 á Alemania, en donde visitaba á los Hermanos de la Vida común: la «misión» de Alemania sucedía á las misiones de Italia. La Reforma rompió nuestras relaciones intelectuales con la Germania; y aun esta ruptura no se realizará hasta después de 1530.

Lo que nuestros sabios buscaron, así en Alemania como en Italia, fué la antigüedad, y entre los eruditos que la introdujeron en Francia figura en primer término Budé (1), filólogo que aportó á la filología algunas preocupaciones de arqueólogo y que inauguró la senda que luego siguieron sus sucesores. Nacido en París en 1467, hasta la edad de veinticuatro años no se dedicó á «las humanidades»; aprendió matemáticas bajo la dirección de Lefevre de Etaples, y volvió á cursar derecho, que había estudiado ya en su primera juventud; pero sobre todo sedujéronle la historia y la filosofía y el estudio del griego, idioma por el cual se apasionó y que acabó por escribir corrientemente en toda su pureza. Su laboriosidad, aun admitiendo que haya llegado á ser algo legendaria, y su pasión por saber, todo anuncia y compendia en él al sabio del Renacimiento en su expresión absoluta.

En 1508 Budé publicó las *Annotationes in XXIV libris Pandectarum* (*Notas sobre veinticuatro libros de las Pandectas*), obra de una erudición solidísima, en la cual observa alteraciones de texto, ensaya restituciones, fija el sentido de las frases, demuestra la necesidad del conocimiento de la lengua latina para abordar los estudios jurídicos y comenta setecientos artículos de las Pandectas, dando con ello lecciones de trabajo metódico é iniciando á lectores y discípulos en la crítica científica.

En 1514 publica el tratado *De asse et partibus ejus* (*Del as, moneda romana, y de las partes del mismo*), en la que explica cómo el estudio de una materia especial, bien dirigido, puede permitir reconstituir una civilización. Más adelante, se vanagloriaba «de haber puesto en evidencia el libro de las pesas y medidas, números y monedas y toda la manera de contar de los antiguos, así griegos como latinos,» y de haber de este modo aclarado é interpretado un gran número de lugares y pasajes de los autores griegos y latinos. En efecto, este tratado es verdaderamente una reconstitución de

(1) Rebillé, *Guillaume Budé, restaurateur des études grecques en France*, 1846.

toda la vida antigua: quince años antes de la fundación del *Colegio de Francia*, Budé había determinado el espíritu que habría de informar esta institución.

Tal es en Budé el humanista, es decir, el hombre cuya curiosidad universal le hace interesarse por todos los conocimientos y que va á buscarlos en la antigüedad; el hombre que, mediante el estudio de la lengua, de las leyes, de los literatos, de los filósofos y de los monumentos, descubre las civilizaciones griega y latina, que de esta manera ensancha sus horizontes, se sale de las tradiciones y de los modos de pensar de sus contemporáneos, concibe otras ideas, otras costumbres, otro ideal, y con ello se libera de un yugo, si bien las más de las veces se impone otro, desde el momento en que corre peligro de ser injusto con su tiempo y con el pasado de su país y de desconocer las nuevas condiciones de la vida (2).

Lefevre de Etaples (3) abordó casi todos los estudios que interesaban ya á los espíritus y publicó, entre 1490 y 1517, comentarios sobre Aristóteles y obras científicas, habiendo contribuido sus obras de aritmética y de cosmografía á formar la escuela científica y geográfica que más adelante tuvo su representación en Fernel y Oronce Finé. Pero menos erudito que Budé, preocupóse mucho más de las cuestiones morales, religiosas y filosóficas y escribió varios estudios sobre los textos sagrados ó sobre las cuestiones del dogma y algunos también sobre ciertos autores apócrifos ó místicos de la Edad media, en quienes todavía fijaban su atención algunos hombres del siglo XV. Lefevre es un verdadero discípulo de Nicolás de Cues, con quien tenía toda suerte de afinidades de sentimiento, y desde 1509 trabajaba en una edición de las obras del cardenal alemán que se publicó en 1514.

Aunque aficionado á los autores griegos y latinos, el estudio de los idiomas apenas le interesaba; en los antiguos buscaba las especulaciones metafísicas, repugnándole los aspectos puramente paganos, mitológicos y materialistas de su pensamiento, hasta el punto de que llegará á proclamar condenable y peligroso el estudio de los poetas Terencio, Lucano y Ovidio. En la segunda parte de su vida intentará reformar en nombre del cristianismo las costumbres y las creencias. Fué, por consiguiente, si no un innovador, un precursor, y tuvo todos los rasgos que á un precursor caracterizan: espíritu abierto, alma ardiente, buena voluntad, pero también incertidumbres y desfallecimientos. Estudiando su biografía podemos, al mismo tiempo, hacernos cargo de lo que podía dar de sí la tan difamada educación del siglo XV.

Claudio Seyssel (4), nacido en Saboya, hizo sus estudios en la Universidad de Turín, y en 1493 recibió una pensión de Carlos VIII, quien le llamó á su corte en los últimos años de su reinado. Favorecido por Jorge de Amboise, encumbróse rápidamente, siendo nombrado consejero en el Senado de Milán, obispo de

(2) Como la mayoría de los eruditos de la época, Budé gozó del favor de los reyes: Luis XII y Francisco I le enviaron como embajador cerca de Julio II, en 1503, y de León X, en 1515.

(3) Graf, *Essai sur la vie et les écrits de Jacques Lefevre d'Etaples*, 1842 (tesis de Estrasburgo).

(4) Dufayard, *De Claudii Seyssellii vita et operibus*, 1892 (tesis de París).



PÁGINA DEDICATORIA DE LA TRADUCCIÓN DE LOS *Comentarios* DE JULIO CÉSAR  
El traductor, Roberto Gaguin, ofrece respetuosamente su obra al rey Carlos VIII de Francia  
El original se conserva en la Biblioteca Laurentina, de Florencia

## IV.—La literatura (6)

Marsella en 1509 y en 1516 arzobispo de Turín, en donde residió hasta su muerte. De manera que este personaje es un ejemplo de las relaciones, así intelectuales como políticas, que se establecían entre Francia y el Norte de Italia (1). Además de las circunstancias anteriormente expuestas, por haber hecho sus estudios en Turín y en Pavia aportaba a nuestra patria una educación latina y jurídica, habiendo traducido algunos autores griegos y latinos (2).

Escritor a sueldo de Luis XII, publicó las *Louanges du Roi Louis XII de ce nom* (Alabanzas del rey Luis XII de su nombre) (1508) y la *Victoire du Roy contre les Venitiens* (Victoria del rey sobre los venecianos) (1510) (3).

Su obra capital es la *Grant Monarchie de France* (Gran monarquía de Francia), que se publicó en el año 1519, pero que había sido escrita en tiempo de Luis XII, cuyo espíritu tan propia y admirablemente refleja (4).

Esta obra es digna de atención bajo muchos conceptos; en ella encontramos las ideas que a principios del siglo XVI imperaban sobre la organización y la misión del poder real, sobre el lugar que corresponde a los diferentes órdenes del Estado y sobre las concepciones que deben dirigir la política. Sería curioso establecer una comparación entre Seyssel y Maquiavelo para demostrar las profundas diferencias, el abismo que separa a Italia de Francia, así como el escritor florentino en su libro del *Príncipe*, excesivamente ensalzado, funda toda la acción gubernamental sobre el individualismo del soberano, Seyssel considera la monarquía como un poder protector cuyos intereses se confunden con los del Estado, y si no opone al príncipe más que obstáculos morales, como la religión, la justicia y las reglas de la conciencia, en cambio reconoce la necesidad en que se encuentra de consultar a los Consejos. Su monarquía es exactamente la misma que la del *Pere du Peuple* (Padre del Pueblo), la realeza tal como la habían entendido muchos autores de la Edad media y tal como la entendieron posteriormente la mayoría de los escritores del Renacimiento. El monarca ideal de Seyssel y el Grandgoussier de Rabelais apenas difieren entre sí; ambos existen en la tradición francesa (5).

(1) Fue también uno de los promovedores del empleo de la lengua nacional francesa. Véase Brunot, *Un projet d'enrichir magnifier et publier la langue française en 1509*, «Revue d'histoire littéraire de la France», I, 27, e *Histoire de la langue et de la littérature française*, tomo III, págs. 664 y siguientes.

(2) Xenofonte (1503), Tucídides, Apiano. Los tradujo de una versión latina.

(3) Compuestas en latín y vertidas al francés por el mismo Seyssel.

(4) La *Grant monarchie de France*, «composée par messire Claude de Seyssel, lors evesque de Marseille et á present archevesque de Turin adressant au roi très chrestien François premier de ce nom, 1519» (La *Gran monarquía francesa* compuesta por micer Claudio de Seyssel, entonces obispo de Marsella y ahora arzobispo de Turín, dedicada al rey muy cristiano Francisco primero de este nombre).

(5) La concepción literaria de la *Grant monarchie* es la que imperaba en aquella época, merced á la frecuente intervención de la antigüedad. Así como Maquiavelo recomienda la infantería porque con las legiones conquistaron el mundo los romanos, Seyssel declara, apoyándose en el ejemplo de Pompeyo y de los piratas, que «importa tener un ejército de mar.»

Los literatos del tiempo de Carlos VIII y de Luis XII son, ante todo, los continuadores de los literatos del siglo XV, cuyas cualidades y cuyos defectos poseen. Por otra parte, su gusto está de acuerdo con el del público (7). Sin embargo, empiezan á oír hablar de la antigüedad y retienen algo de ella, pero simplemente las fórmulas, algunos hechos y unas pocas ideas.

La escuela de los retóricos del siglo XV subsistió hasta muy entrado el XVI (8) y todavía predominaba en tiempo de Luis XII. Chastellain y Meschinot habían muerto, pero Molinet y Guillermo Cretin aún estaban en el apogeo de su fama.

Su poética está en parte contenida en el *Grant et vray Art de pleine rhétorique* (Grande y verdadero Arte de completa retórica), que no se publicó hasta 1521, bastante tiempo después de la muerte de su autor, Maese Fabri (Pedro Lefevre). Fabri cita, á título de ejemplos, autores que escribieron desde 1480 aproximadamente, de modo que resume muy exactamente la concepción literaria de los escritores del período que estudiamos; y como del libro se hicieron seis ediciones, desde 1522 á 1544, resulta que las reglas y los modelos que invocaba conservaron cierta boga hasta la aparición del «Manifeste» de Du Bellay. La obra de Fabri se divide en dos partes, la prosa y la poesía: en la segunda, «el arte de rimar», se exponen las reglas de la composición y de la versificación, tales como entonces se entendían, y se indican los géneros más empleados, á saber, cantos reales, baladas, rondós, virelais, que son precisamente los que proscribe la clásica «Pléyade.» El autor insiste especialmente en las «diferencias de ritmo (rima) al fin de línea;» en esto ponían los retóricos su principal empeño y su inventiva, variando las combinaciones hasta el infinito: rimas epilogadas, en eco, hermanadas, leoninas, cruzadas, etc. Gustábanles también los esfuerzos de ingenio (9), que consistían en escribir una composición en verso con palabras que co-

(6) Las indicaciones bibliográficas se encuentran en Petit de Julleville y Lansac, citados anteriormente.

(7) Sobre los libros que se imprimían hacia el año 1500, véase Claudin, *Histoire de l'imprimerie en France au XV<sup>e</sup> et au XVI<sup>e</sup> siècle*, 1900, y una memoria de Lanson, «Revue d'histoire littéraire de la France», 1902, págs. 311-314. Casi todas las obras de la Edad media, novelas, devocionarios, crónicas, tratados didácticos, eran leídas todavía. Se imprimían Ogier le Danoys (Ogier el Danés), *L'Ordinaire des chrestiens* (El Ordinario de los cristianos), las *Chroniques des rois de France* (Crónicas de los reyes de Francia), el *Art et Science de rhétorique* (Arte y ciencia de retórica), al mismo tiempo que traducciones de César y de Ovidio.

(8) Véase pág. 61 y A. Hamon, *Un grand Rhétoriqueur, Jean Bouchet*, 1900.

(9) Molinet, por ejemplo, escribirá:

Couché je suis au lit de desconfort.  
 Confort  
 Mon fort  
 Me blesse en périssant  
 Je vis envois car mon espoir est mort.  
 La mort.  
 Me mort;  
 Je suis amoindrissant,  
 Famoindris, languissant,  
 Je languis gémissant, etc.

También le agrada en prosa el mismo retintín de palabras re-

menzaran por la misma inicial ó en entretenerse con antítesis puramente verbales; los ejemplos de estas complicaciones, de estas pequeñeces, abundan en Fabri ó en la literatura de la época. Todo lo más que puede reconocerse, colocándose en el punto de vista histórico, es que estos esfuerzos, por sí mismos estériles, contribuyeron quizás á dar flexibilidad al idioma y á variar la prosodia.

La fama de que gozaron en vida y aun después de muertos Cretin, Molinet y Juan Bouchet, no se concede apenas. Del último de los citados se ha podido decir (1): «He leído con toda benevolencia más de sesenta mil versos suyos; de ellos podría citar cuatro ó cinco que valen, pero me ha sido imposible encontrar un solo pasaje digno de ser reproducido.» La reputación de estos retóricos, en una época en que la imprenta todavía no multiplicaba los libros haciendo de ellos numerosas tiradas, fué más bien obra de cenáculo que del gran público.

Esto no obstante, aun en las composiciones concebidas según el sistema de aquéllos encuéntrase á veces méritos, si bien algo endeble y únicamente en asuntos del todo familiares.

Pero la literatura pedantesca no constituyó toda la literatura de la época; la prosa, por ejemplo, escapa casi por completo á su influencia. La primera parte de la obra de Fabri contiene las reglas generales de invención, de composición, de elocución para «oraciones, misivas, epístolas, sermones, relatos, colaciones y súplicas,» y entre ellas encontramos leyes naturales de sentido común, expuestas en un estilo que nada tiene de alambicado. Y allí está el verdadero tono de la en cantadora é ingenua prosa francesa corriente, tal como la vemos en las crónicas, en las memorias y en las cartas.

Pedro Gringoire debe tal vez su celebridad á Víctor Hugo, que ha hecho de él un contemporáneo de Luis XI á fin de introducirle en la novela de *Nuestra Señora de París*; pues bien, este literato nació hacia el año 1475 y murió entre 1538 y 1539, de modo que su vida media corresponde á los reinados de Carlos VIII y de Luis XII. Miembro de la Cofradía de los Tontos que daba representaciones teatrales, pensionado durante corto tiempo por Luis XII, que empleó su número contra Julio II, fué hombre de letras, publicista y autor dramático y en tiempo de Francisco I vivió obscuramente, arrollado por la corriente de las nuevas ideas literarias.

Gringoire tenía imaginación y á veces una pluma viva, y casi podría decirse que sobresalió en todo aquello para lo cual basta ser familiar y cáustico; pero en

petidas: «*Mutins rebellans, rebelles mutinants, trafiqueurs séduisants, séducteurs traffiquans.*»

Los seis versos siguientes, cuyas palabras empiezan todas con F, son de Bouchet:

*Faulce fortune, fragile, fantastique  
Folle, fumeuse, folliant, folliatique  
Favorisant foliastres follement  
Furieuse femme furibondique,  
Faisant frémir féloneux fortifiques,  
Fortifiant saintifs folz faulsement...*

(1) C. d'Hericault, citado por A. Hamon, pág. 214.

lo demás es pesado, torpe, vulgar, incapaz de seguir el desarrollo de una obra seria (2). Esta impotencia se comprueba en el *Blazon des Hérétiques (Blasón de los Heréticos)* (3), obra en que se propuso estudiar la heterodoxia desde los primeros tiempos del cristianismo hasta la aparición de Lutero, tarea muy superior á sus fuerzas.

También intentó ir con la moda é imitar la antigüedad, pero se mostró sumamente torpe en el empleo de los materiales de la misma que, por otra parte, gravitaban pesadamente sobre el espíritu de sus contemporáneos; para él, como para la mayoría de éstos, todo se reducía á introducir aquí y allí algunas palabras antiguas ó á insertar textos, á modo de verdaderas glosas, al margen de sus versos (4). Y, sin embargo, resulta el hecho curioso de que de esta manera se comprende el procedimiento que poco á poco ha modificado el espíritu francés, pues se ve cómo estos añadidos, introducidos artificialmente en nuestro pensamiento, empezaron por molestarle y falsearlo para acabar transformándolo.

(2) En las *Folles Entreprises (Empresas locas)* hay el siguiente diálogo:

#### MOJIGATERÍA

Hacemos súplicas, plegarias  
En singulares abstinencias;  
Las gentes lo saben bien.

#### DEVOCIÓN

Los hermosos banquetes y las grandes comidas  
Se celebran por maneras sutiles  
*In camera caritatis.*

#### MOJIGATERÍA

Nosotros ¡ay! comemos en el convento  
Y como los gorriones nos alimentamos de aire;  
Pocos bienes nos son concedidos.

#### DEVOCIÓN

Vuestros directores, las más de las veces  
Tienen tantos bienes que los venden  
*In camera caritatis.*

Y el diálogo continúa siempre con este estribillo: *In camera caritatis.*

(3) He aquí un ejemplo:

Surgió una perversa herejía  
Que Juan Vuyklef, herético, encontró  
En Inglaterra, y Juan Huss en Bohemia,  
La cual durante mucho tiempo causó grave pesar  
A la Santa Iglesia y á sus devotos hijos...

El poema es del año 1524.

(4) Escribe:

«Guerra se mueve y empieza la lucha,  
Pero el pueblo le proporciona la pitanza.»

Y para explicar ó justificar este lugar común ó trivial, y para echarse las al mismo tiempo de erudito, escribe al margen: «*Suetonius: Augustus Caesar, volens significare bella esse detestanda, solitus est dicere: non est bonum aureo hamo piscis capere!*» (Suetonio: César Augusto, queriendo expresar que la guerra es cosa detestable, solía decir: No es bueno coger peces con anzuelo de oro), lo cual nada tiene que ver con los versos citados.

De todas las obras de Gringoire, la que más interés ofrece al estudio es seguramente la *Vie de Saint Louis (Vida de San Luis)*, una de las últimas producciones de la Edad media que indica ya una tentativa de renovación: el asunto es esencialmente histórico y nacional y está tomado de las *Grandes Chroniques de France* y de *Joinville*, siendo sus principales temas la rebelión de los barones, la cruzada de Egipto, las reformas en el Prebostazgo de París y en la justicia y la última cruzada.

Este drama, con sus múltiples decoraciones, con sus variados personajes, su *Caballería* y su *Vulgo*, produce la sensación de una especie de ópera, sobre todo en el segundo acto, que empieza con una decoración doble: á un lado están la reina Blanca, San Luis, la Caballería, el Vulgo y el Buen Consejo, y al otro el duque de Bretaña y los condes rebeldes de Champaña y de la Marche. Los primeros versos tienen el aire y casi diríamos la sonoridad de la frase musical, en sus coplas alternadas con verdaderos estribillos:

#### LA ROYNE BLANCHE

*Sera point France sans envye?  
Seront tous jours traistres en cours,  
Pour troubler nos royales cours?  
Las, la paix est de nous ravye.*

#### SAINTE LOUIS

*Ma mère, ma très douce amyne,  
Nos parents cuydent tous les jours  
Mestra nostre bruit en décours,  
Lachement ont la paix benmye.*

#### CHEVALERIE

*Sera point France sans envye?  
Sans que princes en villes, tours,  
Usent de sy desloyaux tours,  
Abolissant leur seigneurie?  
Sera point France sans envye?*

.....  
*Je monterai ma hardiesse  
Portant des fleurs de lys l'enseigne.*

Esta obra había sido escrita para ser oída, no leída; y no solamente oída, sino vista, acompañada de la representación de los actores, del movimiento de las multitudes, de la plástica escénica.

Pero sobre todo, y esta consideración no puede echarla en olvido el historiador, el asunto, los personajes, el decorado y el estilo mismo, se encontraban en perfecta armonía con el alma de los espectadores; entre el drama y la muchedumbre no se alzaba ninguna barrera, lo cual constituye una diferencia grande, inmensa, con la tragedia que pronto sucederá á este teatro popular. ¿Quién podrá afirmar que la ruptura, exigida por el Renacimiento, entre nuestro pasado nacional y el arte dramático no ha sido perjudicial á este arte, no lo ha exteriorizado hasta cierto punto, disminuyendo de esta manera su acción sobre el alma francesa?

Juan Le Maire de Belges nació en Belges, en el Hainaut, hacia el año 1473 é hizo sus estudios bajo la dirección de los *Hermanos de la Vida común*, continuándolos luego en la Universidad de París (1). En 1498

(1) F. Thibaut, *Marguerite d'Autriche et Jean Le Maire de Belges*, 1888 (tesis de París).

entra al servicio del duque de Borbón y del rey de Francia, pero muy pronto pasa al de Margarita de Austria, para volver después al de Luis XII y al de la reina Ana de Bretaña. Es, pues, una especie de cosmopolita, como lo fueron muchos hombres de su tiempo, pero con cierto aire intelectual más bien flamenco que italiano: tiene la ingenuidad de la Edad media, el misticismo de Alemania y las pretensiones eruditas de los nuevos sabios. Juzgándolo en sí mismo y estudiándolo literariamente, resulta un escritor incompleto, pero de los más notables, hasta como poeta. Saltando por encima de las torpezas ó de las pesadeces interminables que forman alrededor de la poesía de aquel tiempo inextricables malezas de espinas, encontramos de cuando en cuando una visión de la naturaleza, una gracia y á veces una elocuencia, de las que sin demasiada exageración ha podido decirse que anuncian á Ronsard (2).

Pero su obra capital, *Les Illustrations de Gaule et les Singularités de Troyes la Grande (Las Ilustraciones de Galia y las particularidades de Troya la Grande)* está escrita en prosa y en ella Le Maire desarrolla el tema que era corriente á fines del siglo xv y que será el de la *Franciada* de Ronsard, á saber, que los franceses descienden de los troyanos.

En las *Ilustraciones* aparecen juntos Hércules, Elena, Faramondo, Carlomagno, y las ciudades de Troya y de Lovaina, y los personajes visten á la moda de Luis XII y expresan los sentimientos de un señor ó de una dama de la corte; pero hay en esta obra singular una novedad y es un sentimiento, en verdad bastante intenso, de la belleza plástica, que Le Maire debe sin duda á la antigüedad, á Italia y á sus relaciones con los artistas, pues las sostuvo con el pintor Perreal y el escultor Miguel Colombe. Hay momentos en que se ve que ha contemplado estatuas antiguas; así en el juicio de París, pinta una Venus «apoyada en el pie derecho y avanzando el izquierdo, con la mano derecha doblada sobre la cadera y la otra extendida sobre el muslo izquierdo,» y describe «el resplandor de sus doradas trenzas, largas y espesas, cuyos mechones aquí y allí esparcidos prestan maravilloso adorno á la cabeza y á los ebúrneos hombros.»

Casi en aquella misma época, los pintores Lucas Cranach y Alberto Durer representaban del mismo modo, con igual preocupación de la belleza física y con idéntica dificultad para expresarla, Venus ó Cleopatras anti-

(2) ...*Et de pitie peut-être ploureront  
Et semeront de branches verdelettes  
Sur mon tombel, et fleurs et violettes  
Quand tout repose et que la lune luit*

O bien:

*Plus ne serez ainsi qu'aurez esté  
Dont plourerez et moult vous poiserá  
Voir votre cours par vieillesse arresté  
Chacun de vous alors s'accuserá  
De ses beaux jours perdus et oubliéz  
Et ses genoux de fleurs arroserá.*

El episodio de París y Enona indica lo que podían dar esa ingenua torpeza, esa inexperiencia pedante, pero también ese instinto de la vida y de lo pintoresco. Es un cuadro casi acabado del encanto del campo y de los bosques, del amor en toda su frescura, de la gracia y lozanía de la juventud. Véase Thibaut págs. 195-202 y Stecher: *Oeuvres de Jean Le Maire de Belges*, tres volúmenes, 1882 á 1885, tomo I, págs. 164-200.